LOS VECINOS DE PUERTO MATILDE SE QUEDARON ESPERANDO SUS PROVISIONES

A Omar Benítez
In Memorian

Centro Nacional de Memoria Histórica (2017), Memoria de la infamia. Desaparición forzada en el Magdalena Medio, CNMH, Bogotá.



Omar Benítez. Fotografía: archivo familiar.

Ese martes, como de costumbre, el muelle estaba atestado de gente. Los viajeros, apresurados, trataban de abrirse paso, asegurarse un buen puesto y acomodar sus provisiones en el piso húmedo de las embarcaciones. Decenas de vendedores ambulantes se esforzaban por persuadir a los viajantes para que dejaran en su poder unos pocos pesos y se llevaran a cambio alguna chuchería. El olor a combustible, sudor y embriaguez expuestos al sol inclemente de esa hora, constituían el ambiente normal de los rutinarios habitantes de este populoso sector de Barrancabermeja. El ruido de voces y motores parecía enloquecer el ritmo del tiempo. A lo lejos el griterío anunciaba el destino de las embarcaciones próximas a salir.

Un hombre de tez trigueña desciende hasta la orilla y encaja un motor fuera de borda en la popa de una gigantesca canoa construida en ceiba, extrae el agua que se encuentra en el interior de la embarcación con un recipiente de plástico y se dispone a recibir la carga que su ayudante ocasional trae en el hombro curtido; todos los bultos, cajas, bolsas y paquetes están marcados con los nombres de sus destinatarios. Un hombre le indica que tiene el cupo justo y "el capitán" se dispone a zarpar.

Dos hombres que desde tempranas horas merodeaban por el sector, abordan la embarcación y cruzan unas palabras con el motorista; este agita las manos nerviosamente, mueve la cabeza en señal de desaprobación, pero los sujetos enseñan sus armas y el transportador parece cambiar de

opinión. Se escucha el sonido del motor al encenderse y la canoa, después de describir un rápido giro, comienza a deslizarse sobre las turbias aguas del Magdalena.
A medida que la embarcación se aleja del muelle, la música que sale de las casetas se va diluyendo en el aire y la distancia que separa la vida de la muerte se va haciendo cada vez más corta.

Doña María Edilma Benítez, apenas si conoció al padre de su hijo Omar; un hombre aventurero que apareció en su vida y que nadie entendió cómo pudo darse las mañas de enamorarla siendo tan de pocas palabras; un hombre que llegó silencioso y que desapareció de igual forma al enterarse de que ella estaba embarazada. Se marchó de su vida sin importarle el hecho de haber engendrado en ella una parte de su propio destino.
Pero ella no estaba dispuesta a renunciar a creer en el amor, así que abrió sus puertas y se abandonó a la caricia de una nueva ilusión. Pronto apareció Jorge, un hombre luchador que después de rodar medio mundo tratando de escapar de la violencia vino a encontrar en los brazos de María Edilma el remanso para hacer una estación en su azaroso trasegar. Tuvieron cuatro hijos en cinco años de convivencia, pero también, como el primero, sin decir adiós ni hasta luego, se esfumó. Ella no lo culpó, prefirió pensar que en esas historias de amores y desamores la responsabilidad es compartida, así que se entregó a asumir la suya con tesón y dedicación.
Omar, el mayor de los cinco hijos de María Edilma, nació el 3 de noviembre de 1962 en el municipio de La Dorada, en el departamento de Caldas; por ser el hermano mayor, tuvo que reemplazar prontamente los juguetes por las herramientas de trabajo, y se convirtió a los doce años en el pequeño agricultor que siempre garantizó que en la mesa del hogar se pudiera compartir un bocado de comida. Tiempo después, descubrió las artes de la navegación. Comenzó por ayudar a un vecino a cargar provisiones los fines de semana a cambio de que este le enseñara a manejar la embarcación, soñó con tener su propio motor canoa, y lo logró.
En 1990 decidió buscar otros horizontes y después de preguntar a uno y otro conocido, supo que por los lados de Puerto Berrío era fácil conseguir trabajo y que si deseaba comprar finca, allá todavía se conseguía tierrita a muy buen precio. Él nunca le contó a nadie que pensaba adquirir una propiedad pero había estado ahorrando para eso, así que la noticia le sonó bastante bien.
Poco después de llegar a Puerto Berrío, logró sellar el negocio de una finca en la vereda La Congoja. Dos meses después, el nombre de aquel pueblito olvidado se convirtió para él en un sentimiento real que se hundió en su corazón, y al cruzarse con la soledad de su rancho de tabla, le hizo pensar en la necesidad de compartir con alguien sus tardes de fatiga y sus amaneceres de esperanza.

En el año 1982, después de varias reuniones que contaron con la participación de diferentes personajes de la vida política de la región, ganaderos, terratenientes, narcotraficantes y militares del Batallón de Infantería No. 3 “Batalla de Bárbula”, se creó en Puerto Boyacá una estructura paramilitar que tenía la misión de “apoyar” a las Fuerzas Armadas en la tarea de erradicar todo vestigio de subversión en la región. Su enemigo principal, según se acordó, eran los grupos guerrilleros y el Partido Comunista.
Un año después de aquel histórico suceso, el Gobierno nacional tomó la decisión de crear la Brigada XIV del Ejército y le asignó como sede el municipio de Puerto Berrío. A partir de ese momento la Fuerza Pública contó en la región con mandos de la talla de los generales Daniel García Echeverri y Farouk Yanine Díaz, y aumentó en más de cinco mil efectivos su pie de fuerza en el sur del Magdalena Medio.

Tras el arribo de la XIV Brigada a la región, las denuncias por la persecución y criminalización del campesinado, el exterminio físico, la tortura y la desaparición forzada se hicieron públicas, y la alianza entre el paramilitarismo y la Fuerza Pública, tal y como lo denunció el Procurador General de la Nación en su informe del 20 de febrero de 1983, se hizo evidente. La creación de grupos de autodefensa fue justificada por el alto mando invocando el Decreto 3398 de 1965 y la Ley 48 de 1968.

Teniendo como epicentro al municipio de Puerto Boyacá, el paramilitarismo proyectó su radio de acción sobre las zonas limítrofes de los departamentos de Antioquia, Caldas, Cundinamarca y Santander, especialmente en las veredas y corregimientos de los municipios de Yacopí, Cimitarra, Puerto Nare, Puerto Berrío, Puerto Salgar y La Dorada.

Omar casi chocó con ella una tarde mientras caminaba por las calles de Puerto Berrío, hundido en el recuerdo de su familia, de su soledad actual y de esa violencia brutal que había subestimado cuando avasallado por la ilusión de tener una parcelita propia, salió de su tierra natal, prometiéndole a su madre con exaltado sentido del humor, que regresaría para traerla a vivir a su hacienda cuando se convirtiera en todo un ganadero.

Se detuvieron a escasos centímetros uno del otro y ella no pudo evitar sonrojarse al sentir sobre sus ojos los ojos sorprendidos de él. Los dos caminaban distraídos. Omar se disculpó respetuosamente por el accidente y siguió divagando por aquellas calles tristes vigiladas por fantasmas.

Regresó a su rancho humilde, invadido por la imagen de aquellos ojos almendrados, regañándose por no haber intentado siquiera entablar una conversación con aquella jovencita que ahora se convertía en una presencia sin nombre dentro de su pensamiento. No había remedio, la vida tenía que seguir; y él tenía que ahuyentar de su mente el capricho de recordarla y dedicarse a construir la idea de una mujer de la vida real.

Días después, cuando se empeñaba en convencer a todos de que la imagen de ella era un débil pensamiento; cuando una ilusión con otra cara y con otro aroma visitaba sus aposentos grises de nostalgia, la vio aparecer de nuevo. Era la misma mujer sin nombre de la tarde aquella, la joven que en tan solo diez segundos lo había condenado a vivir despierto frente a la intensidad torturante de esa conciencia de soledad que durante años pudo desterrar al amparo de múltiples aventuras sin futuro, y que ahora era casi una recriminación que le exigía sentar cabeza.

La vio caminar sobre el suelo tapizado de hojarasca y su mirada lo invadió de nuevo. Era la cuñada de Fidelino Gualdrón, su vecino, solo que hasta ese momento él no lo sabía.

Omaira Díaz tenía 17 años de edad, vivía con sus padres en Puerto Berrío, estudiaba el bachillerato y viajaba en vacaciones a La Congoja para quedarse unos días con su hermana, la mujer de Fidelino. Esta vez además de la visita familiar, vendría a encontrarse sin saberlo, con el hombre que también se había anidado en su alma desde el encuentro accidental de días atrás.

Después de un año de noviazgo, decidieron vivir juntos. Con la presencia de Omaira, el silencio del ranchito de madera cedió su lugar ante el conjuro de la soledad y en su reemplazo brotaron las palabras que confesaban el amor.

Pero afuera de las casas vetustas y de las grandes haciendas, la muerte galopaba sin límites. Acosados por la violencia, en 1991 tuvieron que vender la finca a bajo precio y desplazarse hacia Puerto Berrío. Omar consiguió trabajo como ayudante en un carro de línea, de esos que transportaban carga y pasajeros entre Puerto Berrío y las veredas aledañas. En 1994 se internó en la vereda El Tamar, del municipio de Remedios, en el nordeste antioqueño y trabajó como aserrador, pero a los seis meses decidió regresar con su mujer a la casita que le había dejado un

amigo en el barrio Miraflores en la comuna cinco de Barrancabermeja. En el mes de marzo de 1998 nació su primer hijo, Jonathan, y dos años después, en el mes de julio, llegó al mundo su hija María Alejandra.

Apoyado en todo momento por Omaira, Omar pudo comprar su propio motor canoa y se dedicó a comercializar madera a lo largo del Valle del río Cimitarra; tenía proveedores en San Francisco, Puerto Matilde, La Concha y El Bagre, así que estableció una prometedora ruta de trabajo: salía de Barrancabermeja llevando pasajeros, alimentos y encargos, y de regreso traía la embarcación repleta de maderas de diferentes especies que antes de arribar al puerto, había feriado con los ventajosos intermediarios que abundaban en tierra firme.

El martes 30 de octubre de 2001, Omar Benítez se levantó temprano, como de costumbre, acomodó la olleta y se preparó un buen café mientras se organizaba para salir; dio una ojeada a su cuaderno y se aseguró de que el listado de encargos estuviera en orden. A las seis y media, después de besar en la frente a su pequeña hija y prometer a su esposa que la llamaría tan pronto se desocupara de las compras, se echó a caminar por las calles. Esa era su rutina diaria.

Omaira lo despidió cariñosamente, recordándole que no olvidara su libreta de apuntes donde además arrebujaba los listados de todos los artículos que debía llevar a las veredas. Sabía que él tardaría mínimo tres días para regresar a casa, pero no se preocupaba, confiaba plenamente en la rectitud de aquel hombre porque aún se veía reflejada en los mismos ojos sorprendidos que chocaron con los de ella en las calles de Puerto Berrío años atrás.

A la una de la tarde Omar terminó de comprar lo que tenía que llevar, revisó de nuevo sus notas para asegurarse de que nada le faltara. Su ayudante no se presentó ese día, así que tuvo que contratar a otro hombre para que le ayudara a trasladar las mercancías hasta el puerto. Se dispuso a organizar los paquetes y las cajas en su canoa sin saber que estaba a punto de tener un inesperado encuentro con la muerte. Mientras acomodaba su carga, Omar repasó en su cabeza la ruta que estaba a punto de seguir: navegar Magdalena abajo hasta encontrar el brazo del caño La Rompida, entrar por allí al río Cimitarra e internarse en él hasta llegar a Puerto Matilde y el corregimiento de San Francisco, pasando antes por la vereda Notepases. Era un trayecto largo que duraría unos tres días. Era martes. Estaría de regreso el próximo jueves.

En el momento en que se disponía a zarpar, dos hombres subieron apresuradamente a la embarcación y esta comenzó a alejarse del puerto, pero no por donde siempre lo hacía; esta vez tomó hacia Caño Cardales, por los lados de los barrios Cardales y Arenal de la Comuna Uno de Barrancabermeja. Ese fue el comentario que se escuchó posteriormente en el muelle.

Omaira, lejos de allí, no sospechaba siquiera que nunca volvería a mirarse en esos ojos sorprendidos que tanto amor le habían confesado en sus diez años de convivencia.

A las 8 de la noche de ese mismo día sonó el teléfono y la voz de una mujer preguntó por Omar. Omaira le dijo que no se encontraba y la misteriosa voz le comentó que su marido no había viajado a Puerto Matilde, que al parecer unos hombres se lo habían llevado del muelle de Barrancabermeja como a la una de la tarde. Omaira dejó caer el auricular, sintió que un viento frío le recorría el cuerpo, y sin que pudiera explicarlo, supo que los fantasmas de la muerte habían tocado a la puerta de su casa.

Barrancabermeja, sede de la mayor refinería de petróleo de Colombia, vivió durante tres décadas un férreo control por parte de las guerrillas de las FARC, el EPL y especialmente del ELN, el cual controló buena parte de sus barrios, reclutó un sinfín de pobladores locales, se lucró de la extorsión y prestó desde allí un soporte económico, logístico y político a sus unidades rurales; dicho dominio empezó a resquebrajarse el 16 de mayo de 1998, cuando un comando de las

Autodefensas Campesinas de Santander y el sur del Cesar –AUSAC–, cruzó la margen izquierda del río Magdalena, irrumpió en un populoso sector del suroriente de la ciudad, asesinó a siete pobladores y desapareció a veinticinco personas más en medio de la más completa de las impunidades.

Nadie se imaginó que dicha masacre inauguraría la entrada definitiva del paramilitarismo a la ciudad. A partir de entonces, el puerto petrolero experimentó la instauración del orden paramilitar que ya conocían otros municipios del Magdalena Medio como San Pablo, Cantagallo, Puerto Wilches, Sabana de Torres, Cimitarra y Puerto Berrío.

La avanzada sobre la ciudad fue coordinada por Rodrigo Pérez Alzate, conocido con el alias de "Julián Bolívar". Él ideó la estrategia y contó con el apoyo irrestricto del propio Carlos Castaño. Esta incluyó la intimidación, el asesinato y el desplazamiento de personas cercanas a la insurgencia, el repoblamiento de sectores estratégicos con personas leales al proyecto paramilitar provenientes de Puerto Parra, Puerto Berrío y Cimitarra, la recuperación de aquellas zonas de comercio que venían siendo azotadas por la vacuna guerrillera, y una operación pistola cuadra a cuadra orientada a "limpiar" los barrios y a deshacerse de quienes consideraban los aliados estratégicos de la guerrilla. Una vez despejado el camino, el propio "Julián Bolívar" entró a Barrancabermeja a la cabeza de varios cientos de combatientes del Bloque Central Bolívar.

De acuerdo con los pobladores locales, en los barrios de Barrancabermeja se libró una verdadera guerra. Paramilitares y guerrilleros se infiltraron entre la gente y buscaron ser percibidos como sociedad civil. Sin embargo, a la hora de los combates, unos y otros destapaban sus cartas y echando mano de fusiles y granadas, se tiroteaban sin importar que se trataba de una zona urbana, que la gente quedaba atrapada en las casas del sector, y que en las escuelas los niños tenían que correr atemorizados a guarecerse bajo los pupitres. En el año 2000, Barrancabermeja tuvo una tasa de homicidios de 227 por cada 100.000 habitantes: una de las más altas del mundo.

Tras la llamada de la misteriosa mujer, Omaira sintió que el mundo se le venía encima y, sin que pudiera explicar cómo fue que llegó hasta Puerto Yuma, se vio deambulando por la calle, preguntándole por su marido a todo aquel que veía, pero nadie le dio la más mínima razón del paradero o de la suerte de su esposo. Omaira no comprendía qué era lo que estaba pasando. Omar nunca le contó que hubiese recibido amenazas, aunque le había comentado que en el mes de agosto habían circulado en el puerto una lista con los nombres de varios motoristas a quienes un grupo paramilitar al parecer había condenado a muerte.

La acongojada mujer recordó que tres meses atrás habían asesinado a dos hermanos de apellido Franco, motoristas y amigos de Omar, y también a un muchacho llamado Omar Cifuentes, quien según escuchó, había sido baleado mientras caminaba por una de las calles del barrio Isla del Zapato. Omaira cerró los ojos un instante, los abrió, dirigió la mirada al cielo y dejó escapar un Padre Nuestro. Se persignó presintiendo lo peor, aunque recordó que su marido le había dicho que él no tenía miedo, que no le debía nada a nadie, y que no le daba mayor importancia a las amenazas de los paramilitares.

De regreso a casa, Omaira trató de recordar el comportamiento de Omar en los días anteriores y llegó a la conclusión de que nunca lo había visto inquieto o preocupado y que su actitud con ella y con sus hijos había sido la misma de siempre: un hombre cariñoso y esmerado por su bienestar. Se persignó nuevamente y se dirigió a su casa con la esperanza de que todo fuera un malentendido y que el hombre que amaba se apareciera en su casa con un detalle para sus hijos y con su sonrisa de siempre.

Unos días después, cuando Omaira empezó a comprender la dimensión de la tragedia que se le había venido encima, hablando con algunos conocidos de su esposo, supo que en 1991, cuando se había conocido con Omar, él era miembro activo de la Unión Patriótica. No fue un dirigente o un militante destacado. Era una hormiga obrera. Él conocía bien la pobreza, la injusticia, la falta de equidad y la violencia. Él, al igual que cientos, que miles de personas, había creído que la UP podía representar la oportunidad que nunca habían tenido los excluidos. Él, como muchos, se había atrevido a soñar con un mejor mañana y eso era algo que los señores de la muerte no estaban dispuestos a perdonarle.

En ese momento, Omaira empezó a comprender el porqué de las amenazas que había recibido cuando vivían en Puerto Berrío, de la vigilancia de la que habían sido objeto, y muy especialmente, de las angustias que habían tenido al enterarse de que Omar había sido condenado a muerte porque él, al igual que otras personas que creyeron en la UP, estaban acusados de pertenecer a la guerrilla.

La Unión Patriótica surgió como una convergencia de fuerzas políticas a raíz de las negociaciones de paz adelantadas a mediados de la década de 1980 entre el gobierno del presidente Belisario Betancur Cuartas y la guerrilla de las FARC; producto de los llamados "Acuerdos de La Uribe", gobierno e insurgencia convinieron en crear un movimiento que potenciara la participación política de la guerrilla y ayudara a viabilizar su incorporación a la vida legal. Las condiciones que permitirían ese tránsito a la legalidad consistían en un compromiso oficial para garantizar plenamente los derechos políticos a los integrantes de la nueva agrupación y la realización de una serie de reformas democráticas que garantizaran el pleno ejercicio de las libertades civiles para la oposición política y para quienes se decidieran a dejar de lado el camino de las armas.

Durante las elecciones del 25 de mayo de 1986 la Unión Patriótica logró alcanzar curules para 5 senadores, 9 representantes, 14 diputados, 351 concejales y 23 alcaldes; de igual forma, su candidato Jaime Pardo Leal, obtuvo el 4,6 por ciento de la votación, alcanzando el tercer lugar en la carrera por la presidencia de la república.

El éxito electoral de la naciente colectividad alertó a los sectores más conservadores de las elites políticas regionales, los miembros radicalizados de las Fuerzas Armadas y a algunos terratenientes que venían siendo objeto de secuestros y amenazas por parte de la guerrilla de las FARC; ellos, en alianza con el MAS y el Cartel de Medellín en cabeza del narcotraficante Gonzalo Rodríguez Gacha "El Mexicano", desataron una arremetida militar y un plan de exterminio que acabó con la vida de dos candidatos presidenciales, 8 congresistas, 13 diputados, 70 concejales, 11 alcaldes y miles de sus militantes.

Omaira no pudo evitar traer del pasado al presente asuntos que siempre pensó que se habían quedado en Puerto Berrío. Recordó que una tarde, al salir de su trabajo, Omar había sido detenido por integrantes de la XIV Brigada del Ejército Nacional, acusado de ser guerrillero. Ese día, ella y sus hijos se llevaron un susto terrible, pero gracias a sus oraciones a Dios y a la Santísima Virgen, él recobró su libertad a eso de la media noche, cuando los militares reconocieron que no tenían la más mínima prueba para sostener sus acusaciones. Al salir de la Brigada, Omar respiró tranquilo, sin saber que a partir de ese momento sería objeto de amenazas y que fruto de los señalamientos se vería obligado unos meses después a salir como desplazado de Puerto Berrío y a ubicarse con su familia en la casa de un amigo que vivía en Barrancabermeja.

Omaira dejó escapar una lágrima. Miró a sus hijos sin comunicarles aun lo que les había sucedido y temiendo que Omar desapareciera al igual que los cientos de personas que se decía que habían desaparecido en el puerto petrolero en los últimos años, se prometió que se encargaría de cultivar en ellos la imagen del hombre cariñoso y dedicado que siempre había sido su esposo.

Unos días después, mientras caminaba por el muelle en compañía de su hermana, un hombre que decía conocer a Omar le contó que el día martes, como a la una de la tarde, dos hombres habían subido a la embarcación de Omar y lo habían obligado a dirigirse hacia Caño Cardales, lugar en el que al parecer funcionaba una base paramilitar a la que solían llevar a quienes serían ajusticiados. Con una gran crudeza, pero también, con una honradez desbordante, el hombre aquel dijo no ser muy optimista frente a la suerte que había tenido su amigo y compañero de trabajo.

A partir de aquel 30 de octubre, Omaira, perseguida por el dolor de no poder entender, incrédula a las voces que repetían una y otra vez que su Omar había sido asesinado por los paramilitares, incapaz de imaginarse caminando por la vida sin él, tuvo que aprender a buscar a su esposo en los ojos de sus hijos y encontrar en la historia de sus luchas compartidas la fuerza para remar con ellos hasta donde fuera necesario.

Nunca había sido empleada y tampoco había terminado sus estudios. Trabajó como cocinera en una casa igualita a su primera casa, una casa de tablas, un rancho por cuyo patio transitaban desvergonzadamente los mismos hombres que se habían llevado a su marido, aquellos que deambulaban como fieras hambrientas, buscando por los vecindarios a otros campesinos para acusarlos de llevar comida a la guerrilla, para someterlos a torturas, para asesinarlos y tirarlos a las aguas del río con el fin de no dejar rastro de su paso por la vida.

Por esos días, Omaira se enteró que la canoa de su esposo había ido a parar a manos de una gente que traficaba con gasolina robada, quienes dijeron haberla encontrado a la deriva. Ellos ofrecieron comprarla pero Omaira rehusó vendérsela. Tiempo después la vendió y repartió el dinero que le dieron con su suegra. La ilusión que Omar había depositado en la compra de su canoa sucumbió aplastada por el golpe demoledor de una violencia que se extendía por el Magdalena Medio ante la indiferencia del Estado. Los vecinos de Puerto Matilde se quedaron esperando sus provisiones. La autoridad no demostró nunca el más mínimo interés por esclarecer el crimen.

Al conmemorarse un año de la desaparición de Omar Benítez, una lágrima cansada se arrastró por la mejilla de Omaira y sus ojos se cerraron respetuosos del dolor de ese momento. Allí, entre la bruma azarosa del recuerdo sintió su presencia e imaginó que se detenían a escasos centímetros el uno del otro, y como la primera vez, ella no podía evitar sonrojarse al sentir sobre sus ojos los ojos sorprendidos de él. La voz de sus hijos Jonathan y María Alejandra la trajo de regreso y ella comprendió que ahora él era una plenitud imposible de atrapar y difícil de entender y que ella tendría que seguir deambulando por este mundo de caminos tristes vigilados por fantasmas.